

DIONISIO DÍAZ el niño héroe del “PUEBLO DEL ORO”, Departamento de Treinta y Tres.



DIONISIO DÍAZ la historia

¿Cuál es la historia de Dionisio?

Es la historia de un niño de 9 años, de Pueblo el Oro, que murió apuñaleado por su abuelo, al interponerse para impedir que su madre recibiera las puñaladas y luego, herido, caminó, aproximadamente 7 kilómetros, con su hermanita en sus brazos para ponerla a salvo. Esta tragedia que ocurrió en el año 1929, justamente, al día siguiente de cumplir, Dionisio 9 años, conmovería a todo el Departamento de Treinta y Tres, entonces, y aún hoy se sigue recordando.

El Sr. Omar Mesa Prado, en la fecha conmemorativa de la tragedia, junto a numeroso público realiza una caminata por el lugar donde Dionisio caminó cargando a su hermanita para salvarla.

Hay personas que lo veneran y le hacen pedidos, que según ellos, Dionisio se los cumple; allí en el cementerio, junto al monumento levantado, están las ofrendas prometidas.

Para los poetas es “El Niño Héroe de Arroyo El Oro”.

El Maestro Ariel Pinho Boasso, hoy fallecido, junto con el Maestro Santiago Rivero Amaro, realizaron una investigación sobre esta tragedia y escribieron un libro: “El Pequeño Dionisio”. El relato de la tragedia vivida por esa familia es realmente conmovedor; sus autores logran transportar al lector a ese momento, incomprensible para la razón humana que sigue preguntándose: ¿qué le pasó a ese abuelo, que estaba tan orgulloso de su nieto? ¿Querría realmente eliminar a su nieta? ¿Cuál es la verdad? Dionisio dijo: “el abuelo enloqueció”.

Y de este libro y del Diario Palabra, del 23 y 30 de Abril de 1982, extractamos elementos que permitan conocer, al visitante de esta página, la historia de Dionisio Díaz, el Niño Héroe de Arroyo El Oro, que pasó a ser parte de la historia de Treinta y Tres, por su valor, por su coraje, que lo llevó, a interponerse, ante el herido, a pesar de sus apenas 9 años, para salvar a su madre y luego herido, sangrando, cargó con su pequeña hermana.

En esta investigación de Pinho y Rivera está el testimonio del Escritor Treintaitresino Serafín J. García:

Serafín J. García

Cuando Emilio Oribe; como integrante del Consejo de Educación Primaria, le encomendó al recordado escritor treintaitresino Serafín J. García la misión de visitar el escenario de la tragedia de El Oro, a fin de que pudiera documentarse para escribir un poema destinado a las escuelas del país, no tardó en asumir la responsabilidad. En agosto de 1947 visitó el lugar, habló con los pobladores de la región, recorrió palmo a palmo aquel desolado paraje. Para escribir esa obra, "Romance a Dionisio Díaz", logró profundizar en el tema con la ventaja de que había conocido en su pueblo, Vergara, a Juan Díaz en sus años de carrero.

En 1982 el autor de este libro mantuvo prolongadas entrevistas con Serafín J. García, las que también se conservan grabadas.

En esas oportunidades, su aporte fue muy valioso para confrontar testimonios y apreciar aspectos que la inteligencia superior del poeta había captado. Las coincidencias fueron admirables y lo recogido por él en 1947, de los mismos testigos, se mantuvo inalterable."

Su Nacimiento:

Dionisio nació el 8 de Mayo de 1920, a la hora 18, en Arroyo El Oro. Su abuelo, Juan Días, lo presentó el 24 de Mayo, en Pueblo Vergara, por estar su madre enferma, manifestando que era hijo natural de María Luisa Días, de 22 años de edad, soltera. (datos extraídos de la copia de la partida de nacimiento).

En la página 119 de la Investigación realizada por Pinho y Rivero, declara Lino Pereira, un entrevistado para la realización de esta investigación: *"Dionisio era hijo de Quintín Núñez"*.

La Tragedia: fue al día siguiente de su cumpleaños: el 9 de Mayo de 1929, en Arroyo El Oro.

Su fallecimiento: el 11 de Mayo de 1929, en el viaje a Treinta y Tres, para su asistencia.

PARTE POLICIAL (Copia del Diario Palabra)

Creemos que nunca se dio públicamente a conocer el "Parte Policial" enviado por el Comisario Ramón Da Rosa también es de mucho interés y lo transcribimos textualmente:

"14 de Mayo de 1929.

Señor Juez Letrado Departamental.

Para conocimiento de Ud. transcribo a continuación el siguiente parte:

El Oro mayo 10 de 1929

Señor Jefe de Policía:

Llevo a su conocimiento de usted que hoy a las 11 horas se presentó a esta Comisaría el menor de 9 años Dionisio Díaz, denunciando que anoche su abuelo de nombre Juan Díaz había dado muerte a sus hijos Eduardo y María; el que se encuentra también herido presentando una herida penetrante en el vientre, otra en la ingle y un corte en el brazo izquierdo.

Comparecí de inmediato al lugar del hecho, comprobando que se encontraban ya cadáveres, los hermanos María Díaz y Eduardo Fasciolo.

La primera: oriental, soltera de 29 años, se encontraba tendida en el suelo boca arriba y en la pieza que servía de dormitorio a su padre y matador, presentando dos heridas profundas, una en el pecho a la altura del corazón y otra en la espalda del lado derecho. Y dos cortes en las manos.

En la misma pieza tendido en el suelo se encontraba un colchón en el que estaba acostada María con su hijo Dionisio, cuando fue atacada a puñaladas por su padre.

El menor nombrado fue herido al pretender defender a su madre.

A pocos metros en la otra pieza se encontraba el cadáver de Eduardo Fasciolo, tendido en el suelo boca arriba, el que presentaba seis heridas profundas en la espalda y una en el brazo izquierdo.

En el patio hay señales de lucha y grandes manchas de sangre.

El único testigo del hecho es el menor Dionisio, quien declara que su abuelo atacó, a su madre, sin mediar altercado ninguno y encontrándose ésta acostada, pegándoles dos puñaladas.

A los gritos, acudió Eduardo, pero su padre al sentirlo venir le salió al encuentro, encontrándose ambos en el patio y trabándose en pelea de la que resultó mortalmente herido Eduardo.

El menor declara que se encerró en la pieza de su tío Eduardo donde pasó la noche hasta hoy a las seis, que salió de su casa manifestando que cuando salió su abuelo, estaba en la pieza donde se encontraba su madre muerta.

El criminal no ha sido aún encontrado, disponiendo el suscrito su búsqueda.

Supónese esté con las facultades mentales alteradas y espero encontrarlo muy pronto.

Esta policía se incautó de dos puñales. Uno se encontraba a diez metros de las casas, del lado de afuera del guarda patios, y otro en la cama donde dormía el nombrado Eduardo.

Ambos están ensangrentados.

Compareció al lugar del hecho el Juez de Paz Seccional.

El menor fue curado por el Dr. Pisano, quien reconoció los cadáveres y disponiendo sean llevados mañana a Vergara para practicárseles la autopsia.

Acompaño pequeño croquis del lugar del crimen.

Salúdalo Ramón De Rosa.

EL FALLECIMIENTO DE DIONISIO

En el frío expediente judicial, está la comunicación del fallecimiento del Pequeño Dionisio. Como decíamos en otro lugar de estas notas, también ante la muerte se inician expedientes. O se terminan, como en este caso. He aquí la comunicación:

“Foja 8.

12 de mayo de 1929.

Señor Juez Letrado Departamental.

Comunico a Ud. de que fui avisado por teléfono de la Comisaría de la 2da. Sección, que el menor herido Dionisio Díaz de quien informé precedentemente en ofs. 131 y 132 dirigido a ese Jdo. Ldo. con fecha de anteayer y ayer, falleció en viaje para este Hospital ignorando la hora del deceso.

Juez de Paz de 2ª. Sección.

SE CIERRA EL CASO DE JUAN DÍAZ

El Juez Correa de la 3da. Sección, con asiento en Vergara, no descansó desde el mediodía del 10 de Mayo hasta el día 6 de Setiembre a la hora 13. No era para manos. En primer lugar, todo el trabajo derivado de los hechos ocurridos en mayo los que se prolongaron hasta el 11 en que murió Dionisio.

Pero aún le quedaba pendiente el problema del abuelo Juan Díaz.

La Policía y los vecinos, y hasta el propio Juez, organizaban patrullas para encontrarlo. Todo resulta inútil.

El viejo Juan Díaz, hombre querido, bueno y trabajador había enloquecido en aquella fría noche del 9 de mayo.

El último que lo vio fue Dionisio “caminando hacia el arroyo”. Después se pierde todo rastro.

Nuestros informantes recordaron que cuando fueron a la casa, en la mañana o mediodía del 9, en la orilla de una laguna estaba sentado el perro de la casa. Lo buscaron entonces por ese lugar, sin resultados positivos.

Recién el 6 de Setiembre, apareció flotando en las aguas de esa laguna que había marcado el perrito.

El parte policial establece:

“Informe policial”

La laguna donde fue encontrado el cadáver de Juan Díaz, queda a una 20 cuabras de la casa que fue el domicilio de Juan Díaz, en predios pertenecientes a Natalio Vergara.

Tuvo conocimiento a la hora 10 del 6 de Setiembre”

Por su parte, el Juez Correa, informó: “6 de Setiembre de 1929.

Vergara a Treinta y Tres, Recibido hora 13:40.

Comisaría Segunda me comunica apareció cadáver de Juan Díaz en una Laguna de El Oro. A. Correa.

Testimonios: ¿Cómo era los protagonistas de esta historia?

(Extractados del libro de Pinho y Rivero citado anteriormente)

FRAGMENTOS DEL LIBRO “EL PEQUEÑO DIONISIO” escrito por el Maestro Ariel Pinho boasso y Maestro Santiago Rivero Amaro

Sus abuelos: Juan Díaz y María Rosa

“ Juan Díaz, nació en Montevideo, en 1855, hijo de Mariano Díaz y Teresa Hernández. Sus primeros años los pasó en Montevideo. “Su juventud transcurrió en el Departamento de Florida, en el paraje “Carreta Quemada” Allí el destino lo hizo carrero”. “En carretas o carros, Juan Díaz era hombre de confianza de comerciantes y barraqueros. Sus viajes desde Florida hacia Montevideo, lo mantuvieron en las últimas décadas del siglo en un permanente deambular por los arduos caminos del Sur. La lucha por su trabajo en los difíciles tiempos que le tocó vivir, lo endurecieron. Lo hicieron más rudo, mas callado, mas hombre.” . “En ese andar permanente, conoció a María Rosa, en las proximidades de San José.” “ Era una italiana que llegó con su esposo, José Fasciolo. Había quedado viuda, sola, con varios hijos....”.

Juan Díaz se casó con María Rosa y, en febrero de año 1900 nació María Luisa.

“San José y Florida fueron el ambiente donde María Luisa pasó sus primeros dos años.” ...

“Felicia, hija del primer matrimonio de María Rosa, fue madre prematuramente. Dos años antes de nacer María Luisa, María Rosa era ya abuela de Eduardo Fasciolo”

“Juan Díaz era un hombre comprensivo y cariñoso con su esposa y la familia. No reprocharon lo sucedido a Felicia y desde el primero momento recogieron a Eduardo como hijo y en esa condición se le conoció.”.

En Enero de 1902, Juan Díaz, llegó al Paso de Arroyo el Oro...” junto con María Rosa, Eduardo y la pequeña María Luisa”. (Extractos de las páginas 9 al 11 de la investigación de Pinho y Rivero)

El Nacimiento de Dionisio (Pág. 20- 25 del libro de Pinho y Rivero)

8 de Mayo de 1920. Hora 18.

-Varón, es un varoncito María Luisa.

-Gracias doña Laurentina, muchas gracias.

María Luisa con sus veinte años había sentido la necesidad natural de conocer otras personas, de hablar, de tener amigos, de sentirse una más de las jóvenes de aquel desolado paraje. La única forma de hacerlo, era visitar el pueblito cercano en el que poco más de doscientas almas tenían sus mismos problemas y por eso la comprendían.

Quintín Núñez era un vecino muy querido en el pueblo. Sus ranchos, en los que vivía con Felicia y su familia, eran lugar de reuniones los domingos o cuando era celebrada una fiesta familiar. Casi sin saberlo, María Luisa sintió en su sangre la pasión que la envolvió, hasta convertirla en madre.

El mismo Juan Díaz ya se había “hecho a la idea de un nieto”

Por eso no llamó la atención que sin pérdida de tiempo fuera hasta el pueblo por el camino de los Vergara, a buscar a doña Laurentina, la curandera del pueblo y la que se encargaba de los partos que se daban en la zona. Doña Laurentina era además, hermana de Quintín, el padre de aquella criatura que iba a nacer en los ranchos que hacía 18 años habían levantado los Díaz en la costa de El Oro.

Cuando la tarde daba paso a la noche, un llanto infantil iluminó, por primera vez, aquellos negros ranchos de Juan Díaz.

Un varón rubio, de hermosos y tiernos ojos azules, se convirtió desde ese momento en el orgullo y felicidad de la familia.

Había nacido Dionisio, el Pequeño Dionisio, “el niño rubio de ojos color cielo”, “cachorro de tigre”, “el Niño Héroe”.

8 de Mayo de 1920, hora 18, ve la luz de este mundo el pequeño que, exactamente nueve años más tarde, escribiría una de las páginas más heroicas de nuestra raza.

El abuelo estaba desconocido. Afloró en aquel hombre rudo, por todos sus poros, una ternura que conmovió a sus parientes y sorprendió a los vecinos.

El 24 de ese mismo mes, invitó a su amigo, el comerciante Felipe Álvarez, para ir hasta Vergara “para presentar al gurí”.

Marcharon lentamente a caballo. Juan Díaz era otro hombre, ahora capaz de expresar sus sentimientos y de no ocultar su alegría que se traducían en una sonrisa que antes nadie conocía.

A las 10 de la mañana en punto llegaron al Juzgado que se encontraba, ¡qué coincidencia!, a pocos metros de la casa donde vivía Serafín J. García, quien años más tarde escribiría los versos más hermosos que se han hecho para Dionisio.

Se necesitaban otros testigos y Juan Díaz invitó al platero del pueblo, Alfredo Pedro Guadalupe.

Vicente Rivero, el Oficial del Estado Civil de la Segunda Sección de Treinta y Tres, comenzó lentamente a llenar la hoja 37 del libro colocándole al margen el número 74.

Y vienen las preguntas de rutina. Nombre: Juan Díaz, oriental de 65 años, agricultor, domiciliado en Arroyo El Oro”.

Para llenar los requisitos que le pedía el funcionario, Juan Díaz aclaró “que hace esta declaración por encontrarse enferma la madre de la criatura que se inscribe y no esperarse su pronto restablecimiento y a fin de no dejar vencer el término de la ley”.

Cuando llegó el momento de firmar, Juan Díaz manifestó que no sabía hacerlo. Lo hizo “a ruego” Raúl Cardozo, un joven empleado de comercio, residente en Vergara.

Juan Díaz se mostraba orgulloso. Aquellas cinco leguas que hizo a caballo con Felipe Álvarez, fueron las más lindas de su vida. Era el centro de las bromas y ninguno de los allí presentes podía suponer que ese mismo tierno abuelo sería el causante de la tragedia que llevó a Dionisio a la Inmortalidad.

El primer regalo que recibió Dionisio fue una cunita hecha con madera de sauce labrada por su tío Eduardo. Alrededor de esa cuna giró durante varios años la felicidad de aquel hogar.

Desde el día que dio sus primeros pasos, fue el compañero inseparable de su abuelo y su tío. Con ellos comenzó a conocer la vida, a interpretar el paisaje, conocer los animales, a ver más allá de lo que los ojos perciben...

Nacimiento de la hermanita (Pág. 25-28)

El viejo Juan Díaz comenzó a perder aquella sonrisa que había nacido con Dionisio. El pequeño tenía casi ocho años. Para los vecinos la amargura y el cambio de Juan Díaz obedecía a la presencia, cada día más frecuente, de los camiones “fores” que con su polvoriento andar, poco a poco iban dejando sin trabajo a los carreros.

Pero eso poco importaba a Juan Díaz. Ya tenía más de setenta años y su cuerpo no estaba para soportar los rigores de las noches de invierno, durmiendo a cielo abierto.

Además en sus ochenta cuerdas de campo, había logrado juntar “un capitalito” que daba para vivir. Eduardo le daba una buena mano. Ni tampoco era porque había quedado viudo. No se lamentaba mucho por la muerte de María Rosa porque el gurí “llenaba todos los recovecos del corazón”.

Sólo él sabía porque se había vuelto taciturno, agresivo, serio.

Era la presencia de Luis Ramos que había envuelto a María Luisa en un desborde pasional que comprendía pero no soportaba.

No le reprochó, porque así lo sentía, que hubiera quedado otra vez embarazada. Juan Díaz, criollo de la vieja estirpe, sentía en sus entrañas lo mismo que ocho años después, nutriéndose en el mismo paisaje, decía en sus versos Serafín J. García:

*“No l’importe, m’hija, qu’el pago mermure
y ensucén sus nombres lo que la cren mala.
¡Más piores son esas que matan sus crias
pa poder asina seguir siendo honradas!
Cuando nasca su hijo, ¡que lo sepan tuitos!:
¡mamará en sus pechos, dormirá en su falda;
será su cachorro nomás, ande quiera,
pues ser madre, m’hija, no es nunca una falta!”*

No era este segundo embarazo de María Luisa lo que había vuelto huraño al viejo Juan Díaz.

Era Luís Ramos, carrero, esquilador y contrabandista, se le metía en casa, en su campito. En aquel pedazo de tierra que para él era la libertad; donde él, Juan Díaz, se sentía como el único hombre capaz de hacer y deshacer.

Cada tanto, Luís Ramos venía y pasaba unos días con María Luisa que se prodigaba en cariños, porque era así para su amor y para los que la rodeaban.

Luís Ramos movió un alambrado de la chacra y eso sí enardeció al viejo.

-¡Cómo va a tocar ese poste si lo puse yo!

Promediaba febrero y Luís Ramos fue en su caballo hasta lo de Natalio Vergara. Pidió un sulky y fue a buscar a la partera. Doña Laurentina no se hizo esperar y marchó por segunda vez para asistir a María Luisa.

-Es una hembra, María. Preciosa.

-Gracias dona Laurentina.

Esta vez no fue Juan Díaz con su amigo a presentar la nieta al Juzgado de Vergara. Luís Ramos lo hizo como padre natural pues no estaba casado con María.

Con más frecuencia Luís Ramos visitaba los ranchos. La hija, a la que llamaron Marina, los unió más y eso al viejo Juan no le gustó.

Cada vez que lo veía cortar un palo o usar una herramienta, soltar un caballo o dar una orden, a Juan Díaz le hervía la sangre. Sentía que perdía la cabeza.

TESTIMONIOS DE LA TRAGEDIA DEL PEQUEÑO DIONISIO Y PROTAGONISTAS DE LA TRAGEDIA

Trascripción del Libro del Maestro Ariel Pinho Boasso y Maestro Santiago Rivero Amaro

Los hechos narrados en este libro, como sus protagonistas, lugares y costumbres, son reales. La reconstrucción fue posible por los testimonios recogidos a lo largo de veinticinco años. Esos testimonios están registrados en documentos, grabaciones, fotografías y filmaciones.

Para que los lectores tengan una idea del valor de los mismos, citamos a los principales testigos, protagonistas de una forma u otra, o que por su vecindad, conocían a la familia de Juan Díaz.

Carlos Yelós

En 1929 era el Escribiente de la Comisaría del El Oro. El y otro policía recibieron a Dionisio cuando llegó herido. El niño murió en sus brazos. El relato de Yelós fue grabado en 1979.

Víctor Prigue

El valioso testimonio de Prigue fue grabado en 1965. Se le advirtió que la grabación tendría valor de documento y que no se daría a conocer hasta después de su muerte. Se expresó libremente, ajustando su relato a la realidad.

En su automóvil viajaron el Juez y el Médico. Escuchó las declaraciones del niño, conversó con él y estuvo en el lugar de los hechos. Dionisio murió en su vehículo, cuando era trasladado a Treinta y Tres.

Lino Pereira

Cuando se le entrevistó en 1978, había cumplido 100 años. Vivía en el mismo rancho, en El Oro. Era vecino de Adelaida González, a quien Dionisio entregó su hermana. Estaba presente en el lugar.

Natalio Vergara (h)

Vecino del lugar. El campito de Juan Díaz estaba muy cerca de su casa. Conoció a toda la familia y vio a Dionisio en la Comisaría.

Luís Ramos

Es el padre de Marina, la hermana de Dionisio. El testimonio fue grabado en 1979.

Serafín J. García

Cuando Emilio Oribe; como integrante del Consejo de Educación Primaria, le encomendó al recordado escritor treintaitresino Serafín J. García la misión de visitar el escenario de la tragedia de El Oro, a fin de que pudiera documentarse para escribir un poema destinado a las escuelas del país, no tardó en asumir la responsabilidad. En agosto de 1947 visitó el lugar, habló con los pobladores de la región, recorrió palmo a palmo aquel desolado paraje. Para escribir esa obra, "Romance a Dionisio Díaz", logró profundizar en el tema con la ventaja de que había conocido en su pueblo, Vergara, a Juan Díaz en sus años de carrero.

En 1982 el autor de este libro mantuvo prolongadas entrevistas con Serafín J. García, las que también se conservan grabadas.

En esas oportunidades, su aporte fue muy valioso para confrontar testimonios y apreciar aspectos que la inteligencia superior del poeta había captado. Las coincidencias fueron admirables y lo recogido por él en 1947, de los mismos testigos, se mantuvo inalterable.

Agr. Juan Vergara

Hijo de Natalio Vergara, propietario de los campos linderos al de Juan Díaz. Era hombre muy joven en el momento de la tragedia, pero su aporte ha sido importante para elaborar este trabajo.

Nelson Núñez Fasciolo

Hijo de Quintín Núñez (el padre de Dionisio) y Felicia Fasciolo. En 1929 era apenas unos meses menor que su medio hermano, el Pequeño Dionisio.

Agregaremos algunos fragmentos que permitirán a los lectores tomar un contacto más directo con los testimonios referidos.

Nos parece interesante ofrecerles la descripción de los protagonistas de esta historia.

PROTAGONISTAS DE LA TRAGEDIA

Dionisio

“Era rubio. Un hermoso niño. Delgadito. Alegre. Rubio y de ojos azules. Muy blanco de cutis. Con los cachetes rosaditos. Pasaba el día jugando. Le enseñó a caminar a Marina. Tenía unos animalitos que le había dado el tío y padrino Eduardo. También unas vaquitas. Le gustaba mucho el campo. Nunca había ido a la escuela. Eduardo y él eran verdaderos amigos”. (Luís Ramos)

“Cuando yo iba a la casa de don Juan, mandado por mi padre, lo encontré muchas veces en esa cuchilla, junto al camino que iba a la casa. Recuerdo que me saludaba de lejos. Casi siempre llevaba dos o tres maletas. Venía a caballo al almacén del pueblo. Pero casi siempre iba por dentro del campo, a pie. Era rubio. Precioso. Yo lo vi en la cama con las tripas de afuera. ¡Que machito era! Era precioso, pero más lindo tenía lo de hombre.” (Natalio Vergara)

“Dionisio era hijo de Quintín Núñez. Cuando llegó con su hermanita en brazos venía con una ropita muy liviana. Tenía una camisita de percal. Era un niño corriente. Menudo y juguetón. Siempre venía a El Oro por la costa del arroyo. Seguro que él vino por ahí. Nunca salía por el campo para no desparramar las vacas y las ovejas.” (Lino Pereira)

“Yo fui varias veces a lo de Juan Díaz. Por lo menos tres veces. Dionisio era alegre, simpático y muy lindo. Era novelero y conversador. Muy preguntón. Se hacía muy simpático. La madre le estaba enseñando a leer. La escuela le quedaba muy lejos. El tío Eduardo no tenía instrucción y pedía que lo mandaran a la escuela.” (Carlos Yelós)

“Era muy lindo. Rubio y de ojos azules. Cabello bien rubio y rizado. Carita redonda. Mejillas rosadas pese a la sangre que había perdido. Era hermoso.” (Víctor Prigue)

María

“María era una mujer alta y delgadita. ¿Usted conoce a Marina? Casi igualita. Un poco más delgada. No era tan morocha como la hermana de Dionisio. La boca y la nariz, igualitas. Era muy alegre, buena y trabajadora.” (Luís Ramos)

Eduardo

“No me canso de ponderarlo. Era un gran hombre. Morocho, bajo, de bigotes. Era rengo porque lo picó una crucera, en la garganta del pie y como en esos años (1912) las conducciones eran muy lentas, le hicieron una ligadura y se pasó. Se vieron obligados a cortarle la pierna. Era elegante. Éramos muy amigos. María, la hermana le acomodaba la ropa. Cuando iba a salir, una sola manchita que le viera a la ropa, no se la ponía. Era un buen mozo. Era inteligente. Cuando yo fui a la casa, ya le había hecho el caballito de madera a Dionisio. El niño, la mayor parte de su tiempo, le ponía al caballito de madera el recado del tío. María y Eduardo eran dos hermanos muy felices. Eduardo sabía leer muy poco, salió de segundo.” (Luís Ramos)

“Trabajaba con el abuelo. Yo le conocí trabajitos, como ser caballetes de recado y otras cositas de madera. El fue carrero. Era un hombre muy prolijo. Muy buen mozo Cuando ensillaba, era una pintura. ¡Qué buen muchacho era!” (Natalio Vergara)

“Lo conocía mucho. Era muy inteligente. De conversación muy fluida. Era más bien callado, pero de muy correcta expresión. Era muy querido en el pueblo” (Carlos Yelós)

Juan Díaz

“Yo lo conocí en Vergara, cuando era carrero. El concepto general que había de él, era bueno. Hombre trabajador, honrado, servicial. Era un típico hombre de nuestra campaña. De aspecto exterior muy duro, firme en sus decisiones.” (Serafín J. García)

“Salía muy poco. Fue carrero en sus primeros años. En esos años de la tragedia ya estaba retirado de toda actividad. Trabajaba solo en su casa. El concepto que había era de un hombre bueno y trabajador. Yo lo conocía bien porque había sido carrero de mi padres.”(Carlos Yelós)

“Un día me dijo que estaba muy disgustado porque no estaba acostumbrado que en su casa se vieran cosas que no le gustaban” (Natalio Vergara)

“Era un hombre muy bueno. Servicial. No quería los amores de la hija”. (Lino Pereira)

“Yo estuve dos años entre ellos. Allí, en aquel lugar. Nunca pude conocer al viejo a fondo. Sin embargo Eduardo, María y Dionisio eran

gente que daba gusto. Era callado. Para mí fue siempre un hombre de mala intención. Callado, pero de mala intención. Al principio nos llevábamos bien, después no. Tuvimos algunos cambios fuertes de palabra en más de una oportunidad. Yo estaba para irme. Queríamos irnos para El Oro, para poner a Dionisio en la Escuela. Cuando regresé ya era tarde.” (Luís Ramos)

Marina

Cuando se le preguntó a Luís Ramos si Marina habría ayudado a Dionisio en su largo recorrido hacia el pueblo, manifestó: “¡Que lo va a ayudar! Marina caminaba allí a las cortitas. La debió llevar todo el trayecto en brazos, con toda seguridad. Marina pesaba, era gordita. Tenía 15 meses. Ella es del 17 de Febrero”.

El escenario

“Este pueblito tenía muy pocos ranchos de mala muerte. Eran de peones de estancias, trabajadores rurales, policías. Era un pueblo de muy poca importancia. Habría entre 200 y 300 habitantes. La vida era completamente tranquila. Era gente buena y de trabajo. Los hombres pasaban su tiempo trabajando en las chacras y las estancias de la zona. Teníamos teléfono policial con Treinta y Tres y Vergara. Había diligencias y autos y camiones que hacían el tramo de Treinta y Tres a Vergara. Más cerca quedaba Vergara, unos 25 kilómetros y a Treinta y Tres unos 38. En auto se demoraba por lo menos dos horas a Treinta y Tres y a Vergara algo menos. La escuela estaba casi en el mismo lugar de ahora, un poquito más hacia el pueblo, donde hoy está el plantío de robles. La Comisaría estaba exactamente donde hoy está el monolito. Allí recibí a Dionisio en aquella mañana muy fría del 10 de mayo. La puerta daba hacia el camino que va al paso.” (Carlos Yelós)

“El lugar donde vivía Juan Díaz estaba una legua del pueblo, cortando campo. Por el camino quedaba más lejos. Es una zona semi quebrada. Hay unas cuchillitas que caen sobre el arroyo. Hay unas cañadas con piedras circundando el lugar. Muchos árboles. Es un lugar muy lindo. Los ranchos eran de terrón y paja. En sentido de cuadro. Separados los ranchos por una distancia de tres a cuatro metros. Hacia un lado había un caminito (por donde escapó Dionisio) que unía los ranchos con el arroyo pasando por una chacrita. Ese camino estaba bordeado de malezas altas, especialmente chircas. Era un lugar sucio. A los tres metros o muy poco más, empezaba ese camino. Ese camino que lo ocultaba, fue el que buscó el niño para escapar del abuelo que aún estaba rondando.” (Víctor Prigue)

El día

“Había un viento de helada. Tan frío estaba que cuando llegó el niño, estábamos tomando mate al abrigo del sol, detrás del rancho.” (Carlos Yelós)

“Un día con una helada bárbara que se levantó con viento” (Lino Pereira)

La tragedia

Un pequeño fragmento de los testimonios recogidos por los autores, puede dar una idea más exacta del comportamiento de Dionisio en el instante crucial de aquella noche. El relato de Carlos Yelós y Víctor Prigue que escucharon las declaraciones del niño así lo establecen: “Dionisio se interpuso. Se metió en el medio, poniéndole los brazos y su cuerpito para evitar que hiriera a su madre. Pero ya estaba herida. Y así fue herido Dionisio. El niño gritó al tío. La madre que ya había caído cerca de la puerta, intentando abrirla. El niño, sin dudar un instante, corrió hacia donde estaba su hermanita cubriéndola con su cuerpo. El tío Eduardo ya venía. El abuelo salió al patio. En este momento Dionisio con Marina en sus brazos pasó entre aquellos cuerpos que se habían abrazado en el patio en feroz lucha. Como una luz se metió en el cuarto de donde había salido su tío.”.

La noche

Algunas de las frases que pronunció Dionisio y que Yelós y Prigue recuerdan textualmente:

“Mamá estaba acostándose en el suelo. Allí estaba porque el abuelo estaba enfermo. Para atenderlo. El abuelo estaba apoyando las manos en las rodillas mirando para abajo. El por acostarse. En un momento saltó con un cuchillo en la mano sobre mamá. La atacó a puñaladas. Yo me metí en el medio.”

Cuando describió la noche interminable: “Tapé a mi hermana para que no llorara, la podía sentir el viejo.”

“El tío arrastrándose llegó hasta la puerta y me pidió que le abriera. Pensé que se arrastraba porque había perdido la muleta. El tío me dio la plata, me dijo donde guardaba cuatro pesos. Me dijo: las ovejas son para ti. El Caballo es para ti. También el apero. Luego se quedó dormido, no habló más.”

“Dionisio hizo un atadito con las ropas de Marina. Para él, no puso nada. Su única preocupación era que la niña llorara y el viejo escuchara. Las horas no pasaban. Hasta que sintió los pájaros. Era un niño del campo, sabía que cuando los pájaros que andaban en el patio se callaban, era porque alguien andaba por allí.

Estaba amaneciendo. Lo más duro fue cuando nos dijo que se había cortado un pedazo de grasa que le salía de la herida, con una tijera. Se había enfriado mucho y le dolía. Cortó un pedazo de sábana y se vendó. Cuando amaneció, miró una y otra vez. No sabe cuantas veces. Hasta que estuvo seguro de que el abuelo no estaba. No sabe la hora, pero al poco rato de aclarar. Abrió la puerta ya con la niña en brazos y con el atadito de ropa. Se dio cuenta que Eduardo estaba muerto. No se animó ir hasta el otro cuarto donde estaba su madre muerta. Miró solo el camino que a dos o tres metros, entre los yuyos altos, se abría por la chacra. Pasó el alambrado y se metió allí. Y corrió y corrió hasta donde pudo. Sin mirar para atrás. Sin detenerse.” (Carlos Yelós)

Cumple la hazaña

“El pobre llegó con la hermana. Había una helada que le volaba la pera. Menos mal que la gurisita no lloró. Yo le vi la herida. Cuando se acercó nos dijo: vengo herido, el abuelo mató a mamá y al tío. Braulia salió corriendo y agarró a Marina. El Lalo le dijo si quería que lo llevara en brazos a la Comisaría y el gurí dijo: no señor, ahora ya dejé la hijita. No don Lalo, ahora voy mejor”. (Lino Pereira)

“Apareció por el frente. Vimos que venía un niño. Lo conocimos cuando estaba a unos 15 metros. A la hermana la dejó en la casa de Lalo González que había sido policía y era alcalde, tenía un ranchito a media cuadra. Sus primeras palabras fueron: el abuelo mató a mi madre y al tío Eduardo y me hirió a mí. Lo acosté en mi cama. Mandé buscar a una vecina, pariente del padre, doña Laurentina Núñez y le pedí que quedar allí cuidándolo. Venía fajado. Le dolía porque estaba con los intestinos de afuera. No se podía apretar. Estaba malo. No se quejaba. Lo único que expresaba era rabia porque le habían matado la madre y el tío Eduardo.” (Carlos Yelós)

“Es inexplicable que Dionisio no llorara, ¡con aquellas heridas! Solo se quejó cuando el médico lo cortó sin anestesia. Las únicas lágrimas que Yelós y yo le vimos fue cuando miró al Juez y no le respondió, pero fueron de rabia. ¿Cómo pudo recorrer aquellos cinco o seis kilómetros con la niña en sus brazos, sin parar? Tampoco tiene explicación que la gurisita no llorara, en ningún momento. Lo he

pensado todos esos años y no encuentro explicación. Solo un milagro. Un milagro.” (Víctor Prigue

TESTIMONIOS DE LA TRAGEDIA DEL PEQUEÑO DIONISIO Y PROTAGONISTAS DE LA TRAGEDIA *EXTRAÍDOS DEL DIARIO PALABRA DEL AÑO 1982*

Juan Díaz

“Natalio Vergara, que vivía muy cerca de los ranchos, afirma que Juan Díaz le expresó un día: “Estoy muy disgustado porque no estoy acostumbrado que en mi casa se vean cosas que a mí no me gustan”, haciendo referencia a los amores entre María, su hija, y Luis Ramos. (Extractado del Diario Palabra del 23 de Abril de 1982)

Lino Pereira conocía también al abuelo: “Era un hombre muy bueno. Servicial. No quería los amores de la hija”. (Extractado del Diario Palabra del 23 de Abril de 1982)

Luis Ramos, el Padre de Marina:

Carlos Yelós, el escribiente, nos dice: “Luis Ramos estaba sólo periódicamente. Trabajaba en las esquilas y cuando no había trabajo, se dedicaba como mucha gente, al contrabando de cargueros, los famosos cargueros de aquella época. Cuando venía, estaba una semana o unos días. Luego se iba por un tiempo. No estaba allí el día de la tragedia.(Extractado del Diario Palabra del 23 de Abril de 1982)

El escenario: Extractado del Diario Palabra del 23 de Abril de 1982
A Carlos Yelós le pedimos que nos describiera todo el entorno que sirvió de escenario para los hechos.

“El Pueblo del Oro, tenía “30 o 40 ranchos de mala muerte. Eran de policías, peones de estancia, trabajadores rurales. Era un pueblo de muy poca importancia.

Habría entre 200 y 300 habitantes. La vida era completamente tranquila. Era gente buena y de trabajo. Los hombres pasaban su tiempo trabajando en las chacras y las estancias de la zona.

Teníamos teléfono con Treinta y Tres y Vergara, teléfono policial. Había diligencias y autos y camiones que hacían el tramo de Treinta y Tres a Vergara. Más cerca quedaba Vergara, unos 25 kilómetros y a Treinta y Tres unos 38. En auto se demoraba por lo menos dos horas a Treinta y Tres y a Vergara algo menos.

La escuela estaba casi en el mismo lugar que ahora, un poquito más hacia el pueblo, donde está el plantío de fresnos.

La Comisaría estaba exactamente donde hoy está el monolito. Allí recibí a Dionisio en aquella mañana muy fría del 10 de Mayo. La puerta deba hacia el camino que va al paso.”

Refiriéndose a la Comisaría de la que Yelós era escribiente, afirmó: “El Comisario era Ramón Da Rosa y había el la Sección unos 12 funcionarios. Pero el día en que llegó herido Dionisio estábamos solo el agente Gregorio Lemos y yo.

La Comisaría se componía de dos ranchos de dos aguas. De terrón. Techo de paja y piso de tierra. Las ventanas eran de madera rústica. El 10 de Mayo de 1929, día en que Dionisio debió recorrer la distancia entre los ranchos y la Comisaría, herido y con su hermana en brazos, fue un día muy frío . Había, según el relato de Yelós, “un viento de helada. Tan frío estaba que cuando llegó el niño, estábamos tomando mate al abrigo del sol, detrás del rancho”.

Natalio Vergara recuerda que “todo está igual que en aquel día, solo no existen los ranchos. El campo quizás estaba un poco más sucio. El pueblo, igual que ahora, solo que un poco más poblado.”

RELATO DE LA TRAGEDIA

Extraído del Diario Palabra de Abril de 1982

8 de mayo de 1929: Cumpleaños de Dionisio:

Extraído del Diario Palabra del 23 de Abril de 1982.

El pequeño Dionisio, el niño rubio de ojos azules, el del caballito de madera...el 8 de Mayo cumplió sus 9 años. Hacía 9 años que el abuelo Juan había llegado a Vergara para inscribirlo. Orgulloso, contándoselo a sus amigos.

Nueve años que solo se vieron alterados cuando el abuelo empezó con “sus locuras”.... María era muy trabajadora y buena. Adoraba a su niño rubio.

Eduardo, el tío y padrino, ayudó preparando la fiestita.

Marina, con sus 15 meses y gordita como era, habrá participado de las cositas ricas que su madre habría preparado para Dionisio.

El abuelo seguía mal, pero igual estuvo con ello.

9 de Mayo: La tragedia.

El día siguiente, el 9 de mayo, estaba “helado. El resto de las cositas del cumpleaños se pusieron en la mesa para el desayuno. Era otro día más en la vida de esta familia humilde pero muy buena.

El abuelo se sintió enfermo. Cuando esa noche se fueron acostar, le pidió a María que “se quedara con él en el cuarto y le hiciera un té”.

El tío Eduardo que dormía en el mismo cuarto, se trasladó al de María. Esta, Dionisio y Marina, con un colchón de dos plazas se acostaron en el suelo para cuidar al abuelo....

Relato del Diario del 30 de Abril de 1982: “La noche del 9 de Mayo”

Los ranchos de Juan Díaz eran dos, “dispuestos en forma de cuadro”, separados por un parral. “Unos tres o cuatro metros, nomás” era la distancia entre uno y otro”.

Normalmente en uno de esos ranchos de terrón y paja, dormían el Abuelo Juan y el tío Eduardo. En el otro, María Dionisio y Marina.

Ese día, cuando comenzó a llegar la noche, el abuelo le pidió a María que se acostara en su cuarto” porque no se sentía bien y deseaba que le hiciera algún té”.

Ese hecho sirve para probarnos el cariño, afecto y respeto que reinaba en la familia. María no dudó un instante y dispuso todo para que Eduardo se quedar en el que era su cuarto. Ella con la ayuda de Dionisio llevó su colchón de dos plazas y lo tendió en el suelo. por eso cuando llegó la noche y como lo había pedido el abuelo Juan, en un rancho se acostó el tío Eduardo. En el otro, el Abuelo. María y los niños se acostaron en el suelo para cuidarlo.

Un detalle sugestivo se desprende de estos testimonios. ¿ el Abuelo estaba realmente enfermo o ya había puesto en marcha su plan para eliminar a su familia, especialmente a Marina, fruto de ese amor “que lo tenía muy mal”.

La tragedia:

Para determinar la hora de la noche del 9 de mayo en que se registra la tragedia, nos inclinamos en aceptar las 21 horas. entre otra documentación, la aceptamos porque así consta en los respectivos certificados de defunción de María y Eduardo, anotados con los números 31 y 32 del Libro de Registros del Juzgado de Vergara. Además, Dionisio se concretó a declarar: “hacía rato que estaba oscuro”.

Carlos Yelós nos grabó, hace varios años, la declaración que hizo Dionisio al Juez Abelardo Correa que lo interrogó recién al promediar la tarde del día siguiente. Con voz firme y segura, Dionisio declaró: “Mamá estaba acostándose en el suelo. Allí estaba porque el abuelo estaba enfermo. Para atenderlo, el abuelo estaba apoyando las manos en las rodillas mirando para abajo. El por acostarse, en un momento, de improvisto, saltó con un cuchillo en la mano, sobre mamá. La atacó a puñaladas. Yo me metí en el medio”.

El relato de Yelós se entrecorta. Pese a los años siente el impacto que le produjo escuchar aquello de unos labios de niño. Yelós continúa con su relato: “Dionisio se interpuso. Se metió en el medio, poniéndole los brazos y su cuerpecito para evitar que hiriera a su madre. Pero ya estaba herida. Y así fue herido Dionisio. El niño, sin dudar un instante, corrió hacia donde estaba su hermanita cubriéndola con su cuerpo. El tío Eduardo ya venía. El Abuelo salió al patio. En este momento Dionisio con Marina en sus brazos pasó entre aquellos cuerpos que se habían abrazado en el patio en feroz lucha. Como una luz se metió en el cuarto de donde había salido su tío.”.

Cerró la puerta con todas sus fuerzas. Acomodó como pudo a su hermanita. Sintió cuando el tío le pidió “el cuchillo que estaba debajo de la almohada”.

En una muestra más de su coraje, con sus 9 años y un día, abrió la puerta y con el cuchillo de Eduardo se mezcló en la refriega.

Y lo que en todo momento le preocupó al niño: “No sé quién lo agarró, no sé quién lo agarró...”

Volvió al cuarto donde estaba Marina. Cerró otra vez la puerta. Por las rendijas veía a aquellos bultos. Sentía los quejidos. Luego el silencio. Sintió cuando el abuelo tocó la puerta. “Tapé a mi hermana para que no llorara, la podía sentir el viejo...-.”

“Comenzó a sentir, recién comenzó a sentir, que estaba herido”.

Yelós debe interrumpir otra vez su relato. Lo ayudamos. Casi no puede continuar.

“Eduardo, arrastrándose, llegó hasta la puerta y le pidió a Dionisio que le abriera. Dionisio pensó que se arrastraba porque había perdido la muleta.” “Abrime Dionisio, abríme... El niño olvidando sus heridas abrió una vez más la puerta. Como pudo, ayudó al padrino a entrar.

Arrastrándolo.

Al otro día el niño rubio de ojos azules le diría al juez: “El tío me dio la plata, me dijo donde guardaba cuatro pesos” “Me dijo: las ovejas son para ti”. “El caballo es para ti, Dionisio”. También el apero”. “Luego se quedó dormido, no habló más”.

La garganta se anuda. El relato no puede seguir. No encontramos las palabras para describirlo. Imposible.

“No dormí, cuidé a mi hermana”

Dionisio siguió relatando con lucidez todo lo que recordaba. Acostado en la cama de un policía, tapado con un poncho criollo. De vez en cuando pidiendo un mate “porque tenía mucha sed”.

Carlos Yelós recuerda: “Dionisio declaró que el viejo Juan siguió dando vueltas durante toda la noche. “Parecía que andaba rezongando”, dijo ingenuamente el niño. Dionisio escuchaba y miraba por las rendijas de la puerta”. Se quedaba quietito, abrigando a Marina para que no fuera a llorar. El sabía que el abuelo la quería matar.”

Víctor Prigue estuvo presente también mientras Dionisio declaró en la Comisaría de El Oro. Su recuerdo, coincide totalmente, con el ofrecido por Carlos Yelós. Prigue agrega: “Dionisio dijo que no había dormido en toda la noche. Empezó a sentir dolor y sentía frío. Lo más duro fue cuando nos dijo que se había cortado un pedazo de grasa que le salía de la herida, con una tijera. Se había enfriado mucho y le dolía. Cortó un pedazo de sábana y se vendó.”.

A medida que escuchamos estos relatos, efectuados separadamente y con una diferencia de 12 años, no dudamos que tanto Yelós como Prigue reprodujeron casi textualmente lo que había oído de la boca de aquel niño herido.

Los dos coincidieron que “Dionisio hizo un atadito con las ropitas de Marina. Para él, no puso nada. Su única preocupación era que la niña llorara y el viejo escuchara. Las horas no pasaban. Hasta que sintió los pájaros. Era un niño del campo, sabía que cuando los pájaros que andaban en el patio se callaban, era porque alguien andaba por allí. Estaba amaneciendo. Miró una y otra vez. No sabe cuantas veces. Hasta que estuvo seguro de que el abuelo no estaba. No sabe la hora, pero al poco rato de aclarar. Abrió la puerta ya con la niña en brazos y con el atadito de ropa. Se dio cuenta que Eduardo estaba muerto. No se animó ir hasta el otro cuarto donde estaba su madre caída en un inmenso charco de sangre. Miró solo el camino que a dos o tres metros, entre los yuyos altos, se abría por la chacra. Pasó el alambrado y se metió allí. Y corrió y corrió hasta donde pudo. Sin mirar para atrás. Sin detenerse.”

Dionisio siguió el mismo caminito, un sendero que lo llevaba hasta la costa del arroyo.

Y anduvo con su hermanita apretada contra su pecho. Apenas se detuvo dos o tres veces “para tomar agua en las cañadas con la barriga contra el suelo”.

Eran 7 kilómetros que tenía que andar. Y anduvo porque esa noche había “soñado con ser hombre y lo fue”.

La ternura de Dionisio:

Hacía mucho frío: “la helada se había levantado con viento”, dijo uno de los testigos. Dionisio vestía una camisita de percal y pantalones cortos. Nada más. Sólo se había preocupado por la ropa de Marina. La de él, no importada.

Yelós recuerda “que había venido derecho y que en dos cañadas se había detenido porque sentía mucha sed. Sólo allí se había detenido. Se había echado de barriga para tomar agua”.

Pero nuestra emoción es ya incontenible cuando escuchamos este trozo de sus declaraciones: “Sentaba a su hermanita en el suelo, con cuidado para que no llorara, y se acostaba a tomar agua para luego levantarla en brazos. Siempre cuidando que el abuelo no se le apareciera en el camino.”

Tenía su vientre abierto. Y la fiebre le estaba invadiendo. Pero él, “machito y pico él”, solo pensó en salvar a Marina. Abrigándola, cuidándola.

Interrogamos a Luís Ramos, el padre de Marina, sobre la posibilidad de que la hermanita lo hubiera ayudado algo. Ramos fue categórico: “No ¡qué va a caminar! Allí a las cortitas sí, pero la debió llevar en sus brazos. Marina pesaba, era gorda... Tenía 15 meses, ella es del 17 de Febrero”.

A Dionisio no le importó. Más allá de la mitad de esa mañana del 10 de Mayo, Dionisio ya estaba frente a los primeros ranchos del pueblo. No perdió tiempo y marchó directo hacia la casa de Adelaida González que era amigo de la familia, había sido policía y ahora era el alcalde. ¡Hasta en eso pensó Dionisio!

Lino Pereira, que era vecino de González, fue testigo del arribo de Dionisio: “El pobre llegó con la hermana. Había una helada que le volaba la pera”. “Menos mal que la gurisita no lloró”. “Yo le vi la herida”. “Vengo herido, el abuelo mató a mamá y al tío”, fue lo primero que dijo. Braulia salió corriendo y agarró a Marina. El Lalo (González) le dijo si quería que lo llevara en brazos y el gurí dijo: “No señor, ahora ya dejé la hijita”. “No don Lalo, ahora voy mejor.”

Dionisio marchó solito para la Comisaría. Allí sorprendió a Yelós y al agente Lemos tomando mate, sacándose el frío atrás de los ranchos.

Los testigos de la escena.

Yelós escuchó el primer relato del niño. Lo recuerda así: “Apareció por el frente. Vimos que venía un niño y en las manos traía un atadito de ropa. Lo conocimos cuando estaba a unos 15 metros. A la hermana la dejó en la casa de Adelaida González que había sido policía y era alcalde, tenía un ranchito a media cuadra. Sus primeras palabras fueron: “El abuelo mató a mi madre y al tío Eduardo y me hirió a mí”. No dijo que estaba herido. Lo acosté en mi cama. Mandé buscar a una vecina, pariente del padre de él, Clementina Núñez y le pedí que quedara allí cuidándolo. Venía fajado. Le dolía porque estaba con los intestinos de afuera. No se podía apretar. Estaba malo. No se quejaba. Lo único que expresaba era rabia porque le habían matado la madre y al tío Eduardo.”

“Llamé al médico a Vergara y al Juez de Paz que también estaba en Vergara”.

Casi a dos horas de allí, en Vergara, a las 13 y 30 Víctor Prigue recibe un pedido para hacer un viaje. “Uno de los tantos” pensó. ¡Que equivocado estaba!

Aprontó su Ford 4. Levantó al Juez Abelardo Correa. Al médico Antonio Pisano y a los que serían testigos judiciales Salvador Acosta y Vicente Senosiain.

“Primero fuimos a la casa de la tragedia. No sabíamos que un niño había salvado a su hermana. Lo supimos recién por el policía que estaba en los ranchos”.

De acuerdo a lo dicho por Prigue, recién entre las 15 y 30 y 16 horas llegaron a la Comisaría donde el niño rubio de ojos azules esperaba para que lo salvaran desde la mañana.

Prigue relató: “Dionisio era hermoso. ¡Que precioso niño! Quedé muy mal cuando vi que tenía una puñalada por donde le salía un pedazo de intestino. Tenía otra puñalada más pequeña un poquito más abajo, en un brazo tenía un puntazo” Su color, pese a la sangre que había perdido era bueno”

Fuente:

<http://calidaddevida.net/Treinta%20yTres/Index%20Historia%20de%20Dionisio%20Diaz.htm>

Dionisio Díaz

Dionisio Díaz (1920 - 1929) Protagonista de una de las historias populares más increíbles de la narración uruguaya. Nació el 9 de mayo de 1920 en el pequeño poblado de Arroyo de Oro (hoy Mendizábal) en el departamento de Treinta y Tres, Uruguay. Vivía con su madre, su abuelo y su pequeña hermana a la que él adoraba. Poseían una pequeña granja en la que trabajaban y con ella sobrevivían. La tragedia aconteció en la medianoche del día de cumpleaños de Dionisio, el 9 de mayo de 1929, cuando su abuelo, sumido en un ataque de locura, apuñaló a su madre. Cuando Dionisio se enteró, ésta ya estaba muerta. Fue entonces por su hermanita, la cual dormía plácidamente en su cuna. Cuando la tomó, su abuelo le dio una puñalada tan grande que literalmente le atravesó el abdomen. Se ocultó de su abuelo, cubrió su gravísima herida con sábanas, esperó por horas una ocasión propicia y caminó 9 kilómetros hasta el entonces Poblado del Oro, donde dejó a su hermanita en un destacamento policial. Lo vio el médico local que ordenó su internación inmediata en el hospital departamental de Treinta y Tres. Al otro día un coche particular que pasaba por el lugar se ofreció a llevarlo. Al llegar al hospital, Dionisio fallece. Su tragedia es evocada como un verdadero ejemplo de estoicismo y lucha ante la adversidad. Se le conoce también como el "Héroe del Arroyo del Oro".

"Romance de Dionisio Díaz" (1949)

De: Serafín J. García.

I

RAZON DEL CANTO

Dionisio, niño infinito,
niño esencial y perpetuo,
mojón de amor enclavado
sobre la muerte y el tiempo:
desde la flor sin otoños
de tu sangre, niño inmenso,
la raza gaucha levanta
su signo heroico y fraterno.

Muchacho de sol y trigo,
simbiosis de campo y cielo:
para cantarte quisiera
tener la voz de los vientos
caminadores y ariscos
que musicaron tus sueños;
poder sonar el clarín

matinal de los horneros,
cuya franqueza rotunda
te ancheó las puertas del pecho;
resucitar las palabras
que habló la lluvia en tu alero,
y de tus breves veranos
desanudar el acento;
asir el son de tus pasos
madrugadores e inquietos,
y empañarle el rostro al día
con la niebla de tu aliento.
Y también hundir quisiera
las antenas de mi verso
en la matriz de la tierra
que dio la cal de tus huesos.
Y aprender tu abierto llano
flor a flor, trébol a trébol,
y arder en los libres soles
que doraron tus cabellos.

Sólo así podría mi canto
desceñir el haz del tiempo
que apagó tus mariposas
y enmudeció tus jilgueros.

sólo así reencendería
mi voz tu acendrado fuego,
la luz azul de tus ojos,
tu lustral sangre sin miedo,
y el puro amor que ensanchaba
tu corazón de lucero.

Pero he de cantar, no obstante
la opacidad de mi acento,
esta canción obstinada
que me calienta los huesos,
y en la inquietud de la sangre
me labra caminos nuevos.

Y he de cantarla, Dionisio,
por el niño que aún conservo
vertical sobre mis días,
desmintiéndome el invierno,
allegando madrugadas
a las noches de mi esfuerzo.

Y también por otros niños
que mis ojos aprendieron
en tu pago y en mi pago,
pena a pena, sueño a sueño.

Por los niños campesinos,
todos tristes, todos serios,
pies que hiela el blanco junio
y que quema el rojo enero,
tiernas manos sin juguetes
agrietadas a destiempo,
mustias bocas doloridas
de pan duro y de silencio.

Es por ellos sobre todo
-tú lo sabes, niño inmenso-,
es por ellos tus hermanos
rubios, indios, pardos, negros,
por afuera tan distintos,
tan iguales por adentro,
todos ellos refundidos
en tu amor y en tu denuedo,
por la herida de tu vientre
desangrados todos ellos,
que mi opaca voz pretende
revivir tu heroico gesto,
historiar la hazaña enorme
que salvó tu luz del tiempo,

para izarla en la memoria
fiel y cálida del pueblo
como un hito de la vida,
cual semáforo perpetuo
que ninguna noche apaga
ni derriba ningún viento.

Es por ello –tú lo sabes,
niño gaucho- que te ofrezco
este canto que me sube
de la sangre y de los huesos.

II

LA FAMILIA

Era un llano soledoso
sobre el cual el tiempo lerdo
desmadejaba sus días
y sus noches en silencio.
Inmensidad sin memoria
para el hombre y sus desvelos,
ni caminos lo aprendían
ni lo historiaban recuerdos.

Y era sobre el llano el rancho
con su destino pequeño

-fraternidad de terrones
combatida por los vientos-,
y en el rancho una sencilla
familia de chacareros,
atada siempre a la tierra,
pendiente siempre del cielo,
fluctuando entre los vaivenes
de la esperanza y el miedo.

Juan Díaz –silencio huraño,
tez curtida rostro quieto,
anchas manos aradoras,
torpes pies de paso lerdo-
fatigaba su insondable
corazón bajo aquel techo,
mientras .los años secaban
la espiga de sus recuerdos.

Y a su lado, sus zozobras
y esperanzas compartiendo,
nuevos cauces de la vida
prolongándole en el tiempo,
manos nuevas, en el surco
su destino repitiendo

con idéntica paciencia,
con igual obstinamiento,
un hijastro y una hija
unidos por hondo afecto.
El, Eduardo, habilidosos
labrador y carpintero
-lisiado, un pie de madera
por sus propias manos hecho-,
expresándose en el árbol
y el maíz, idioma eterno;
afiliados alma y brazos
con amor al noble esfuerzo.
Y ella, María, muchacha
sin represas en el pecho,
corazón a flor de labios,
inocencia a flor de cuerpo,
dócil tierra que a la vida
su tributo iba rindiendo,
fértil vientre ya frutado
por dos gérmenes diversos.

De ese vientre procedía
-claro fruto temprano
de un amor desnudo y libre

como el sol y como el viento,
que por sé de amor venido
era alegre, dulce y bello-
el impar Dionisio, el héroe
de la historia que aquí cuento,
rubio niño de nueve años
con el sol en los cabellos
y por ojos dos enormes
gotas límpidas del cielo.

Y, como último retoño
de aquel núcleo chacarero
-nuevo surco de la vida
que labrara un amor nuevo-,
Marina, que ya ensayaba
sus primeros balbuceos.

Cinco seres que en la vida
su destino iba cumpliendo
sobre el campo sin memoria,
llana el alma y hondo el sueño.

cinco sendas paralelas
internándose en el tiempo,
ya en el fin la más antigua,

la más nueva en el comienzo.

Los mayores laboraban
de alba a noche, graves, serios,
sol a sol sobre la nuca,
surco y surco bajo el pecho,
un camino sin variantes
siempre haciendo y deshaciendo
-rancho y chacra, chacra y rancho-
con iguales pasos tercios.

Y después la muda rueda
de cansancios , junto al fuego
sin más voz que la del mate
deslizando en el silencio
vagos, tímidos llamados
a un común esparcimiento
que pusiera entre alma y alma
la luz franca de un afecto,
aliviando así la amarga
soledad de cada pecho.

Vano empeño, pus Juan Diaz,
siempre arisco, siempre hermético,
no franqueaba nunca, a nadie,
corazón ni pensamiento.

Y los hijos, su inmutable
voluntad obedeciendo,
acabaron por tornarse
poco a poco, sin remedio,
enigmáticos islotes
en el mar de aquel silencio.

Tal el mundo en que Dionisio
su niñez iba viviendo;
mundo hostil, que puso diques
a su gárrulo contento
y un precoz aire de pena
dio a sus ojos color cielo.

Tal el ámbito invariable
que amustiaba el verde tiempo
del candor y de la gracia,
la pureza del comienzo,
en el alma de aquel hijo
del amor, alegre y pleno.

Hoscas días solitarios,
sin juguetes y sin besos;
noches huecas, y desprovistas
de leyendas y de cuentos;
sucesión de horas iguales
entre un sueño y otro sueño,
que poblaban solamente,
dramatizando el silencio,
los suspiros de la madre,
la tos bronca del abuelo,
y el coloquio misterioso
de los árboles y el viento.

Pero estaba allí la tierra
generosa, repitiendo
Mies a mies, cada verano,
su lección de amor eterno.

Y la vívida alegría
de los pájaros inquietos,
que llenaban las mañanas
de canciones y aleteos.

Y la humilde flor del campo
su alma cándida esparciendo

a lo largo de los días,
con ahincado y dulce empeño.

Y el zumbido de la abeja
laboriosa, y el ejemplo
del arroyo que pasaba
siempre alegre, siempre nuevo,
revelando piedra a piedra
su destino de viajero,
sol a sol desanudando
sus más íntimos secretos.

Poco a poco fue Dionisio
su alma lúcida embebiendo
de ese idioma in formulado
que le hablaba el universo;
descifrando poco a poco
la honda clave del ser pleno
que su ubicua voz le abría
desde el agua y el insecto,
desde el brote de la rama
y el rumor del pasto nuevo,
desde el pulso imperceptible
de la espiga en crecimiento,
desde el hueco de los nidos

y el latir de los polluelos,
y el trasiego de la savia
de un renuevo a otro renuevo,
y el zurear de las palomas
en la copa de los ceibos.

Supo entonces con profundo,
con raigal conocimiento
a su sangre incorporado,
radicado en carne y huesos,
que la vida vale siempre
toda lucha, todo esfuerzo
por vivirla dignamente,
noblemente, a pecho abierto;
que el amor que un ser irradia
más allá de toda muerte,
siempre encuentra puerta y eco
más allá de todo miedo;
que su llama sobrevive
a la noche de los cuerpos,
y perdura su latido
sobre el tiempo y el silencio,
ya en el rostro de una estrella,
ya en el ojo de un veneno,

ya en el canto de la lluvia,
ya en la música del viento
que destreza colmenares,
suena juncos, risas esteros,
y transporta flor y aroma,
trino y ala, nube y sueño.

Lo aprendió desde la sangre,
sin palabras, sin conceptos,
fibra a fibra de su carne,
poro a poro de su cuerpo.
Lo aprendió naturalmente,
sin pensar en aprenderlo,
como aprende el trigo a erguirse,
como el ave aprende el vuelo.

Y no tuvo, desde entonces,
soledades en su pecho,
ni tristeza en sus ojos,
ni en su corazón recelos.
Un sentido constructivo
de la vida, un gran deseo
de servirla en sus designios
más profundo y más bellos;

un afán incontenible
de ser útil, de ser bueno,
de pujar con las raíces,
de fulgir con los luceros,
de ser gota de la lluvia
cuando estaba el campo seco,
de sumarse a los tizones
que amansaban el invierno;
un impulso permanente,
un porfiado y hondo anhelo
de abarcar con la alta llama
de su amor al mundo entero,
enseñóle desde entonces
a ver claro el rancho negro,
confortable el duro catre,
dulce el rostro del abuelo,
y granado de canciones
el hermético silencio
que velaba cada noche
la familia, junto al fuego.

Tal el alma prodigiosa
que alentaba en aquel pecho
tal la luz que ardía en el héroe

de la historia que aquí cuento.

III

LA TRAGEDIA

La amarga noche de mayo
-borrón de silencio y frío-
aprisionaba en un brete
de angustia los ranchos míseros.

Ciegos fogones dolían,
en los ojos campesinos,
dolor de brasas ausentes,
y encanecidos ladrillos.
Y los grasientos candiles,
con su llanto desvalido,
lágrima a lágrima iban
midiendo el tiempo remiso.

Todo el campo era un asecho
sin voces y sin latidos,
una fatídica espera
llenas de miedo antiguos.
Tiasas lechuzas clavaban
en los postes su sigilo
y taladraban las sombras
con sus ojos amarillos.

Murciélagos fantasmales
Revolaban, sibilinos,
trazando signos aciagos
en el aire quieto y frío.

Todo el campo era una espera
dura y tensa, un vaticinio
de tragedia ineluctable,
de ancestral determinismo.
La presencia de la muerte
nivelaba en un atisbo
fatalista y resignado
piedra y árbol, cardo y nido.

Y el drama irrumpió de pronto,
resumido en un cuchillo
que puso lívido el aire
con su relámpago frío.

Juan Díaz, el insondable
labrador enloquecido
por quien sabe qué visiones,
por quién sabe qué delirios
germinados en el fondo

de su hermético mutismo,
en el caos incontrolable
de sus meandros instintivos,
buscó en la muerte respuestas,
buscó en la sangre caminos
al ciego resentimiento
contra la vida, al antiguo,
tenaz rencor, que espoleaba
su voluntad de exterminio.

Fue María la primera
que el acero hirió. Su grito
se derramó por la noche,
suplicante, desvalido,
deshilachando sus ecos
entre las sombras y el frío.
Contra el pobre cuerpo inerte
se alzó de nuevo el cuchillo,
roja centella implacable
rasgando el aire aterido.
pero ya entre pecho y arma,
pleno de amor y heroísmo,
la noble sangre ofrecida

por entero al sacrificio,
sin flaquezas y sin llantos,
sin temores y sin gritos,
oponiendo sus nueve años
a la muerte, estaba el niño
de los ojos color cielo
y el cabello color trigo,
el más alto paradigma
del valor afirmativo,
el Dionisio inmensurable
de esta historia que aquí digo.

Y fue vana la amenaza,
vano el gesto imperativo,
vano el empujón violento
muchas veces repetido:
siempre estaba el niño heroico
entre víctima y cuchillo.

Hasta que al fin el acero
del vesánico asesino
hirió el brazo, hirió la ingle,
hirió el vientre de Dionisio,
y sólo entonces Juan Díaz
pudo cumplir su designio.

Cuando el niño vio a su madre

caer, cuando el asesino

se inclinó para ultimarla

-ya hasta bestia descendido-

y oyóle gritar, frenético:

“!con todos haré lo mismo!”,

no sintió más sus heridas

ni vio de su sangre el río

descender, buscando cause

entre las grietas del piso.

Otra hazaña sobre humana

reclamaba su heroísmo;

otra vida dependía

de su amor y de su brío.

Allí, en la rústica cuna,

tan inerme como un lirio,

dormía Marina su sueño

inocente y pequeñito.

La alzó el niño entre sus brazos,

corrió hacia el rancho contiguo,

y sobre el lecho de Eduardo

Dejó el tierno cuerpecillo.

Y allí guardó silencioso,

desangrado y aterido,
sosteniéndose en su heroica
voluntad de sacrificio.

Ya estaba el viejo en el patio,
ya a su encuentro había salido
Eduardo -pie de madera
más corazón en su sitio-.

Oyó Dionisio el rumor
de la lucha; luego el grito
premioso con que el lisiado
reclamábale el cuchillo.

Vio el arma encima de un banco,
empuñóla, y decidido
se hundió otra vez en la noche
y otra vez buscó el peligro.

Dos sombras entre las sombras
giraban en remolino
fantasmal, callado y terco,
por el patio negro y frío;
iguales las dos, iguales

para los ojos del niño,
que iban de uno al otro rostro
sin conseguir distinguirlos.

Vio cojear de pronto a Eduardo
-el pie en la lucha perdido-,
y en la diestra de esa sombra
dejó, resuelto, el cuchillo.

Después, vuelvo al rancho oscuro,
la espera tensa, el suplicio
de aguardar tras de la puerta,
toda el alma en los oídos,
el final del duelo incierto,
cara o cruz de su destino;
de vivirlo golpe a golpe,
resoplido a resoplido,
en el choque escalofriante
de los puñales fatídicos,
y el jadear acelerado
de los pechos enemigos.

Cayó un cuerpo. Por el aire
se expandió un mortal gemido.

acercaron se a la puerta

pasos lentos, imprecisos.

Una mano dio tres golpes
espaciados, cuatro...cinco...

Y una voz –la del abuelo-
dijo luego: “! Abrí, Dionisio!”

ni una luz por las rendijas,
ni un murmullo, ni un suspiro
dentro y fuera solo noche,
nada más que noche y frío.

Alejaron se los pasos
hacia el campo ensombrecido.

Pasó mucho, mucho tiempo.
¿Fueron años? ¿fueron siglos?

Y otra vez en el silencio
comenzó a vivir un ruido
más cercano a cada instante,
más cercano y más preciso.

Era un cuerpo que arrastraba
su agonía su martirio,
hacia el candil parpadeante
que Dionisio había encendido.

Era Eduardo que pugnaba
por llegar hasta aquel niño
y a la luz de su presencia
dar el último suspiro
-confortado por el cielo
de sus ojos, viendo el trigo
repetirse en sus cabellos,
más dorados que el sol, mismo-
y adentrarse en el misterio
por su aliento sostenido,
aliviado por la llama
de su amor el postrer frío.

Y el pequeño abrió sin miedo
puerta y brazos al herido,
lo ayudó con su sonrisa
a enfrentar lo nunca visto,
a evacuar su humano tiempo
sin angustia, con sencillo
gesto de luz que se apaga
o de fruto desprendido.

Y después, viendo sus vísceras

-cálido haz escurridizo-
por el desgarrón del vientre
asomársele, y mordido
por dolores ondulantes,
epilépticos, hondísimos,
procuró volver, resuelto,
las entrañas a su sitio.

Impidiendo aquel retorno,
una capa de tejidos
adiposos obturaba
la herida bárbara. El niño,
con coraje sobrehumano,
con sobrehumano estoicismo,
empuñando una tijera
de oxidado y roto filo,
cercenó de un solo tajo
los obstructores tejidos
y a la cavidad del vientre
reintegró sus intestinos.

Vendió se luego la herida
sin un gesto, sin un grito,
y arrojando a la pequeña

con afán tierno y solícito,
se tendió en el duro suelo,
junto al cadáver ya rígido,
todo el cuerpo ardiendo en fiebre,
el cerebro todo hervido
de fantásticas visiones
que engendran su delirio.

¡Siempre noches sin orillas!
siempre noche, noche y frío!
¿Dónde estaba el alba? ¿Dónde?
¿Más allá de cuántos siglos
De estancado tiempo ciego,
de silencio renegrado,
ocultaba el dulce rostro
de la luz de su gesto amigo?

¡Noche siempre, noche y sangre,
sangre y muerte, muerte y frío,
bajo el cielo, sobre el campo,
sobre el aire detenido,
sobre el filo de la escarcha,
también llena de cuchillos!...

Más he aquí que de repente
desnudó un gallo su grito,
y otro gallo, y otro, y otro,
jalonaron de hitos vivos
el camino de la aurora
sobre el negro y mudo abismo.

¡Era el día, era la vida
con su dulce gesto amigo!
¡Y aún había en las venas sangre
y en los brazos fuerza y brío!
¡Adelante, que aún tenía
tiempo y cancha el heroísmo,
y el amor sobrado aliento
para el nuevo sacrificio!

IV

EL VIAJE

¡Qué orgullo el de las carquejas

que sus niños pies pisaron!

¡Qué música la del trébol

que oyera cantar sus pasos!

¡Y qué luz nueva en las cosas

que sus pupilas miraron,

cuando iba iniciando el día

su claridad por el campo!

Marchaba de cara el alba

con la pequeña en los brazos.

Para tocarlo estiraban

sus verdes dedos los pastos.

Lo contemplaban el rocío

con mil ojos asombrados.

Y por él tañían sus flautas

de plata y cristal los pájaros.

Allá, muy lejos negreaban

de “El oro” viejos ranchos

-haz de borrosos destinos

sobre aquel llano enraizados-,
hacia los cuales el héroe
milagroso iba avanzando.

Llagar era su consigna.
llegar y poner a salvo
aquel retoño de vida
que a la muerte había ganado.

¿Y después? Después dormirse
con un sueño largo...largo...
Con un sueño que aplacase
sus dolores, sus quebrantos,
y limpiase de fantasmas
su cerebro alucinado.

Marchaba de cara al día,
rumbo a los ranchos lejanos,
la voluntad indomable
contrayéndole los labios,
y la esperanza en el pecho
como un cencerro sonando.

Sol bajo el sol, sus cabellos
iban dorando el espacio;
sus ojos, cielo ante el cielo,
el aire iban azulando.

Y todo el amor del mundo
se hacía música en los pasos
de aquel niño milagroso,
de aquel héroe sobrehumano
que avanzaba hacia la muerte
con la vida entre sus brazos.

Por la mañana adelante
seguía andando el niño gaucho.
Lo escoltaban los horneros,
su franco clarín sonando;
susurraban le: “!Coraje!”,
los árboles solidarios;
a su fatiga ofrecía
fragancia tónica el pasto;
y el buen aire mitigaba le,
amical, fiebre y cansancio.
Pero, ¡ay!, qué lejos, qué lejos
negreaban siempre los ranchos!

Más no obstante él proseguía
su camino sin descanso,
tajeándose en los pajares,
hundiéndose en los pantanos,
ya bordeando el monte espeso,
ya marchando a pleno campo,
insensible a sus heridas,
insensibles a su quebrantos,
fiel al rumbo y al destino
que su amor le había trazado.

Tal el temple incomparable
de aquel niño sobrehumano.
Tal la luz que ardía en el héroe
de la historia que aquí narro.

¡Ah, qué orgullo el de la tierra
que guardo el son de sus pasos!
¡Que noble luz la del aire
que sus ojos alumbraron!
¡nunca diera el tiempo un día
tan henchido de milagro
como aquel que iba Dionisio

sobre el campo inaugurando!

“!Adelante!”, le decían
con su verde voz los pastos.

“!Adelante!”, clarineaban
los francos horneros gauchos.

Y él andaba, andaba,
campo arriba, campo abajo,
como un viento incontenible,
como un río desbordado,
imponiéndose a la fiebre,
a la muerte desplazando
de su tierno cuerpo exangüe,
de su vientre desgarrado,
pues morir no era posible
sin poner antes a salvo
aquel brote de vida
que llevaba entre los brazos.

Y los ranchos negros, tristes,
poco a poco se acercaron;
y el camino se fue haciendo
menos duro, menos áspero,
a medida que iba el pueblo

sus perfiles recortando
en el aire transparente,
bajo el débil sol de mayo.

Por la fuerza inextinguible
de su amor agujoneado,
seguía el niño milagrosos
siempre andando, andando, andando.

otra zanja la postrera,
otro, el último alambrado,
y llegó por fin al pueblo,
y entre todos buscó un rancho
que ostentaba el patrio escudo
sobre sus terrones pardos.

Preguntó –la voz entera-
dónde estaba el comisario,
y una vez que a su custodia
hubo la niña librado,
narró, lucido y tranquilo,
punto a punto el drama bárbaro.

Y después de fue del tiempo,
dulcemente, como un pájaro,
como un nardo que se cierra
sobre el propio sueño blanco,

como estrella que la perora
Desvanece en el espacio.

¡Qué noble luz en su frente!
¡Qué dulce paz en sus labios!
¡Qué inmodulables canciones
Tras su silencio de mármol!

Así le vieron los hombres,
así le vieron los campos,
camino del cementerio
bajo el débil sol de mayo.
Y así quedó para siempre
en la memoria del pago,
que lo lleva en grano y fruto,
nido y ave, piedra y árbol.

Selló la muerte sus ojos
-cielo del cielo envidiado-
y destiñó sus cabellos
solares el polvo opaco.
Más el campo guarda entera
la música de sus pasos,
el macachín su dulzura,

su voz el arroyo claro,

La flor del ceibo su sangre

y su alta luz el verano.

Y los niños de su tierra

-rubios, indios, negros, pardos-,

esos niños por la herida

de su vientre desangrados,

esos niños soledosos

de su pago y de mi pago,

tan sufridos y tan puros

Y tan nobles y tan guapos,

seguirán tiempo adelante

su alma inmensa perpetuando,

pues en ellos no es recuerdos,

ni leyenda, ni milagro,

sino savia que les nutre

canto y sueño, juego y llanto.

V

SALUTACION FINAL

Dionisio: estás en el pueblo
ya para siempre jamás,
como está el sol en el día,
como el trigo está el pan.

Dicen tu nombre los niños
con voz de miel y cristal,
para que aquel que lo escuche
ya no lo pueda olvidar.

Cuenta la abuela tu historia
junto al fogón invernal,
y oyéndola hasta las brazas
parece que brilla más.

Silba el tropero en la ronda
-que es su modo de soñar-;
el domador, sobre el potro,
canciones al viento da;
con la reja, hunde el labriego
en la tierra su anhelar;

Pregona el hacha, en el monte,
del monteador el afán;
y tu imagen puebla el silbo,
le pone alas al cantar
camina con la esperanza
y alegra el pregón tenaz.

Estás también en la lluvia
cuando acaricia el maizal,
y aquieta el pecho del hombre,
y hace dulce su pensar.

Arde tu sangre en los zumos
encendido del chalchal,
y los ceibos ratifican
flor a flor su eternidad.

La luz azul de tus ojos
mira desde el manantial,
donde danzan las estrellas
y va el pájaro a abreviar.

Y tu franca risa suena
del arroyo en el cantar,
y halla el viento tus palabras
en las flautas del juncal.

No anda un camino en la vida
que no acompañe tu andar,
ni sueña el amor un sueño
que no ilumine tu faz.

Te lleva el hombre en su carne
y en su savia el vegetal;

de abeja en abeja va;
late tu cuerpo en el nido
donde incuba la torcaz;
repite tu luz la estrella
en su viaje sideral;
y canta tu eterna gloria
noche y día, sin cesar,
cada cual a su manera
y a su turno cada cual,
dos juglares campesinos

que jamás olvidarán:
el dulce grillo lucero
y la chicharra solar.

Dionisio, niño infinito,
héroe del amor triunfal,
firme estrellas del ocaso,
lámpara de eternidad;
Dionisio, niño sin tiempo,
germen del alba total,
que resides en la vida
ya para siempre jamás:
has que en mis versos palpite
tu corazón ejemplar,
como palpita en el árbol,
en la espiga y en el pan,
para que en ellos aprendan
otros niños tu verdad,
esa verdad que tú hablaste
en la lengua universal
de la sangre y del martirio,
que es la lengua más veraz:
“morir por amor al hombre
no es morir, es perdurar,

pues quien en amor se expresa
lleva en sí la eternidad”.

Dionisio, niño del día,
luz de la luz inmortal,
clave de todo milagro,
flor de toda heroicidad:
incorporada a la llama
del pueblo tu llama está,
y por eso nunca, nunca,
nunca más se ha de apagar.

El protagonista de este drama no es un mero engendro literario, no es un simple personaje de ficción. Es un niño uruguayo que nació en un rancho perdido en nuestros campos, que correteó por ellos su infancia desvalida y que ofrendó su sangre a los nueve años para que la historia lo recogiera con emoción y la leyenda lo proyectara en sombra reverberante.

Por su amor a la vida, por su resignado sacrificio, por su silencio frente al dolor, por su coraje capaz de culminar en heroísmo, vemos en Dionisio un representante arquetípico de nuestra raza

DIONISIO DIAZ

EVOCACION DE SU HAZAÑA Y SU GRANDEZA

Treinta y tres ha sido siempre cuna de varones cabales, que han sabido ir perpetuando en el tiempo una magnífica tradición de altivez y de coraje.

Muchas otras de las cualidades específicas que caracterizaron a la raza gauchesca perviven también en el hombre de esa hermosa región oriental de nuestra patria, regada por las aguas de tres ríos de bello itinerario y de curso sereno y majestuoso: Olimar, Tacuarí y Cebollatí.

Cuenta entre tales atributos la hospitalidad cordial y entera, nunca desmentida; un sentido de la amistad profundo y cálido, desinteresado y generoso; una abierta franqueza que muestra hasta el más íntimo de los meandros del alma, llana y sin encrucijada; un amor entrañable y un sagrado respeto a la libertad y a los derechos humanos; y ese orgullo varonil que permite hacer frente a esos rigores del destino adverso sin una sola queja, sin siquiera un amago de claudicación.

Pero ante todo y sobre todo, el hombre treintaitresino heredó de sus antepasados gauchos esa bravura indómita que, cuando las circunstancias lo reclaman, sabe alcanzar la difícil categoría del heroísmo.

Treinta y tres ha sido siempre, repetimos, cuna del denuedo total, del valor ilimitado. Una tierra capaz de alimentar en cualquier tiempo la epopeya, porque siempre ha sabido partir varones fuertes, guapos y sufridos, ahincadamente fieles a su condición humana y a la esencial verdad de su destino, cualquiera que éste fuere.

Toda la historia de aquella comarca, desde los albores mismos de la independencia, viene nutrida de nombres que constituyen hitos rotundos de esa tradición viril, indelebles ejemplos de esa asombrosa singularidad telúrica.

Pero un día quiso el solar treintaitresino brindarnos una síntesis vital de su grandeza, de su admirable masculinidad, resumiéndola en un símbolo de vigencia perpetua. Y decantó y afinó sus juegos más genuinos, sus más raigales substancias, para eclosionar luego en esa insuperable flor humana que fue Dionisio Díaz, el pequeño héroe del “El Oro”.

Basta pronunciar su nombre para que quienes respiremos el aire de sus campos y nos calentemos en el mismo sol que le besó la frente, experimentemos el orgullo lógico, claro y natural de sabernos sus hermanos.

Dionisio Díaz es un milagro, se ha dicho con frecuencia. Y en efecto, considerando la sobre humana magnitud de la hazaña cumplida por el niño gaucho, no resulta excesiva esa definición.

Tan grande fue su gesto –y tan cargado de amor, de amor insólito-, que escapa a la vara con que hemos aprendido a medir los siempre limitados e imperfectos hechos de los hombres.

Es un milagro, entonces, en cuanto ha rebasado, por gracia de la llama mágica que ardía su corazón impar, esa común esfera donde alienta y sueñan, aman y sufren, viven y mueren las demás criaturas terrenales.

Pero no es un milagro divino sino un milagro humano, no obstante la celeste categoría de ángel que nimbaba su alma, y que iluminaba con resplandores sidéreos sus cabellos solares y sus ojos azules. Y tan humano, que fue por el camino de la sangre que trajo su alta luz ejemplar, la flor simbólica de su maravillosa varonía, inmolada en los más puros de los holocaustos.

Un niño tenía que ser para encarnar y sentir de tal modo el heroísmo, para vivirlo con tal sublimada ternura, con tan definitiva plenitud. Yo me atrevo a decir más: un niño gaucho. Y más aún: un niño treintaitresino. Y no por ciego alarde terruñero sino por convicción profunda y razonada, porque conozco bien la savia noble y pujante del suelo que lo produjo y que lo sustentó.

Dionisio Díaz sobrepasó la epopeya y desbordó la leyenda con su hazaña. ¿Qué héroe de su talla nos han proporcionado alguna vez la historia o la literatura?

El dignificó con su estupenda oblación toda la especie humana. Y, más, concretamente la raza, la querencia. Por eso corresponde ensalzarlo en el lenguaje ancho y puro del amor, que fue el único lenguaje que supo hablar su alma y repetir después su sangre prodigiosa.

Un acto de heroísmo infantil de las dimensiones del que protagonizara Dionisio, dentro de un medio de características rudas y casi primitivas como el suyo, tan paupérrimo en el aspecto social como en el cultural, no puede tener par, repetimos, en toda la historia de la humanidad.

Y tampoco en la imaginación de poetas y escritores ha concebido nunca una figura infantil de tal grandeza. En el admirable mundo épico de Homero, con ser tan vasto y rico, no es posible encontrar un niño de ese temple moral y ese coraje. Tampoco lo tiene Shakespeare en su amplísima y variada galería

de arquetipos humanos. Y si recorremos la literatura fantástica, desde los cuentos miliunochescos hasta Perrault y Andersen, y aun hasta los contemporáneos, vana es también la búsqueda de un ejemplar de un niño semejante.

“¿Y los héroes infantiles de Edmundo De Amicis –se nos preguntará-, no son acaso dignos de parangonarse con el pequeño treintaitresino inmortal?”.

A esa eventual pregunta responderíamos que además de ser antes de ficción, los personajes del escritor italiano se producían en un ambiente mucho más evolucionado y culto que el de nuestra campaña. Eran niños de sentimientos encauzados hacia el bien por el ejemplo de sus padres y por la educación escolar; procedían generalmente de familias de clase media, organizadas de acuerdo con las leyes y con las reglas formativas de la sociedad urbana que integraban; y poseían por lo tanto un sentido moral sólido y claro, adquirido y cultivado en la intimidad hogareña desde el primer albor de la conciencia. Ni el escribiente Florentino, ni el estoico cartero, ni el héroe de tres años, ni el tamborcillo sardo, ni los demás muchachos abnegados y valientes que en nuestra infancia se nos ofrecieron como paradigmas del denuedo, la nobleza, la generosidad, el amor filial, y otras virtudes enaltecedoras de la condición humana, y cuyos desinteresados sacrificios conmovieron hasta las más secretas fibras de nuestro corazón, alcanzan la dimensión heroica de ese niño de titánico espíritu que fue Dionisio Díaz. Ni aun cuando hubieran sido seres de carne y hueso, la hubieran alcanzado, si se tienen en cuenta las enormes diferencias ambientales, culturales y éticas a que antes nos referimos.

Fruto de un amor transitorio e ilegal (de esos tan comunes por desgracia en la campaña nuestra), enfrentado desde pequeño al rigor de una vida de pobreza, compartiendo el techo humilde y el sustento frugal –cuando no escaso-con seres ensimismados y sin alegría, para quienes la existencia sólo era una sucesión de grises e invariables jornadas de trabajo, de dura lucha y de esperanza endeble, el incomparable niño gaucho superó sin embargo todas esas contingencias adversas, que amenazaban apagar la purísima llama de su alma superior. Y cuando llegó el momento decisivo. Ofrendóse por entero en el más generoso y grande de los holocaustos, para orgullo y ejemplo de los hombres de su raza, de la que fue expresión vital suprema, arquetipo glorioso e imperecedero que habrá de continuar erguido en el curso de los tiempos futuros, enseñando a las nuevas generaciones su fecunda lección.

Dionisio Díaz vivió su breve existencia en el lugar donde habría de sacrificarla después, heroicamente, cuando contaba apenas nueve años.

Por vía materna procedía de chacareros sufridos y tenaces, que desde tres generaciones atrás se sustentaban con el producto de la menguada parcela de tierra que ellos mismos araban y sembraban. Su padre, en cambio, era contrabandista y poseía una bien ganada fama de valiente. Hombre de genuina idiosincrasia gaucha, jamás se avino a trabajar cumpliendo horarios fijos, sujeto a la atadura de la diaria obligación, obedeciendo las órdenes de patronos o de capataces. Tenía que ganarse el pan, porque era pobre, pero buscó para hacerlo un camino que no menoscabara su concepto de la hombría ni retaceara en lo más mínimo su libertad, bien más importante y sagrado para él que la existencia misma. Por eso se hizo contrabandista. Por qué en la soledad infinita de los campos que cruzaba de noche, sin otra guía en el instinto y las estrellas, y expuesto siempre al peligro de imprevistas emboscadas, sentíase más satisfecho de sí mismo y más fiel de su destino. Porque para él, como para muchos otros criollos de su temple que yo alcancé a conocer, el oficio de contrabandista no nacía de un avieso propósito de infringir las leyes para sacar ventajas económicas, sino que tenía una raíz romántica, puesto que permitía evadirse de toda norma o canon de índole gregaria, quebrantar la rutina anquilosante, poner la sal del riesgo y la aventura en el incierto curso de los días, para salvarlos así de la monotonía del vivir común, descolorido e insípido.

De ese padre heredó sin duda el niño su coraje físico y su extraordinaria fuerza espiritual. Y de su madre el hondo apego a la tierra y el amor a las cosas de la naturaleza.

Pero además poseía Dionisio una sensibilidad y un sentido de lo bello extraños ciertamente en aquel medio rudo, donde la difícil y constante lucha por la subsistencia obstruían todo impulso de florecimiento espiritual.

Quién sabe de qué lejano ascendiente veníanle a nuestro pequeño héroe aquellas cualidades superiores que enriquecían su alma. Pero la verdad es que ellas integraban la esencia misma de su ser, y eran por lo tanto genuinos atributos de personalidad excepcional.

La irradiación de aquel singular espíritu, cuya luz se expandía generosa sobre la lobretez de los ranchos miserables y sobre los ancestrales fatalismos de núcleo familiar, provocaba reacciones muy distintas en Juan Díaz, el abuelo de Dionisio, y en Eduardo Fasciolo, el tío comprensivo y bondadoso que estimulaba sus anhelos y compartía sus sueños.

A Juan Díaz, hombre introvertido y enigmático que hablaba más con sus bueyes que con los seres humanos, y que pensaba que la visibilidad consistía

en ser agrio y espinoso, en no sonreír jamás, en mantener el corazón cerrado e inaccesible, molestaban le visiblemente la expansividad del niño, su comunicativa ternura, la cordial y permanente efusión de sus sentimientos y de sus emociones. Su falsa idea de la hombría hacía suponer que eso era demostración inequívoca de blandura, de debilidad. Y se ensombrecía al imaginar que su nieto, a causa de esa suavidad y esa dulzura que asomaban en él a cada instante, carecería, cuando fuese mayor, del temple y la entereza que, según él, necesitaba todo criollo de ley para enfrentar la vida y vencer la adversidad.

Eduardo Fasciolo, en cambio, supo desde el primer momento entender y valorar la exquisita calidad del espíritu del niño –al que profesaba un amor rayano en idolatría –y cultivarla generosamente a su modo, con palabras y ejemplos. Era Fasciolo también un ser distinto a la generalidad de los hombres del lugar. Dueño de una inteligencia vivaz y de un corazón magnífico, tenía además inquietudes y afanes de superación que el ambiente no lograba sofocar. Su fuerte temperamento artístico y su notable habilidad manual se expresaban en la realización de los juguetes que hacía para Dionisio. Sin otra herramienta que un pequeño cuchillo, y desconociendo hasta los más primarios rudimentos del arte, tallaba sin embargo la madera con primor y gracia. Su sentido estético y su riqueza imaginativa se traducían sobre todo en las figuras de sus animales preferidos –el caballo y el perro-, que gustaba reproducir en distintas actitudes, y a que a despacho de sus explicables imperfecciones tenían mucho del sabor y la frescura que sabían imprimir a las suyas los tallistas primitivos. Tal vez, de haber podido cultivar su natural aptitud, hubiera llegado a ser un xilógrafo importante. Pero quiso el destino que si vida transcurriera allí, dedicada a una misión mucho más alta: la de ir plasmando con su amor y su bondad el alma de aquel niño único, nacido para el martirio y la gloria, y ligado al cual habría de entrar él también en la inmortalidad.

Bajo su sana y espontánea tutela deslizaron los breves años de Dionisio. Y la naturaleza, con sus sabias lecciones cotidianas, hizo lo demás. Así, poco a poco fue aprendiendo el futuro héroe su camino vital, el rumbo de la meta fértil y generosa que iluminaría después, y para siempre, el resplandor señero de su sangre.

Los viejos vecinos de la costa de “El Oro” recuerdan y repiten todavía, conmovidos, infinidad de anécdotas que ponen de manifiesto la tierna delicadeza y la finísima sensibilidad de aquel niño.

Cierta vez, según tales recuerdos, su abuelo encontró un nido de halcón con sus pichones, aun emplumes, que de inmediato resolvió matar. Dionisio le suplicó que no lo hiciera. “Son muy dañinos estos bichos –arguyó el viejo- Comen cuanto pajarito indefenso encuentran al alcance de sus garras”. “Pero

vuelan tan lindo!...-dijo el niño. Además, ellos no tienen la culpa de ser así. ¿usted no come también las pobres ovejitas, que ningún mal le han hecho?”. Y Juan Díaz, turbado y confundido ante la imprevista ocurrencia de su nieto, no se atrevió a matar a los halconcillos.

Otra vez el viejo empuñó el hacha para cortar un laurel que había en el centro del patio. El niño, al darse cuenta de sus intenciones, se le puso adelante y le aferró las piernas con ambas manos. “No, abuelito, por favor, que está lleno de pimpollos!”. “¿Qué importa? Es muy grande y estorba en este lugar. Si siquiera sirviese para algo”....”Pues da flores, y sirve para que los pájaros vengan todos los días a cantar en sus ramas. ¿Le parece poco?” También en aquella oportunidad accedió el abuelo al pedido de Dionisio. El laurel se salvó de la amenaza del hacha. Y muchos años después de la tragedia, cuando entre las ruinas de los ranchos abandonados mostraban sus troncos secos y carcomidos los demás árboles del patio, sólo él continuaba sobreviviendo allí. Y el alegre y perenne verdor de sus follajes -que no había logrado marchitar el tiempo- era como un simbólico testimonio de la gloria del niño, también inmarcesible.

En otra ocasión Luis Ramos su padrastro, trajo del campo una mulita viva. “Es para ti Dionisio ¿Te gusta? Tenía dos hijitos pero no les pude cazar porque se metieron en la cueva” . El niño no vaciló un instante. Alzó en brazos el azorado animalillo, le pidió a Luis que lo condujera al sitio donde estaba la cueva de que hablara, y una vez allí depositó la mulita al borde del agujero, sonriendo feliz al verla desaparecer dentro de él, sana y salva.

Así era Dionisio Díaz, el niño gaucho todo amor y ternura, cuyo efímero paso por la tierra habría de dejar una indeleble estela, iluminada por el fulgor más puro de la gloria.

Al promediar el invierno de 1947, El consejo Nacional de Enseñanza Primaria me encomendó la misión de visitar el escenario de la tragedia de “El oro”, a fin de que pudiera documentarme para escribir un poema destinado a las escuelas del país.

Con tal motivo, recorrí palmo a palmo los lugares donde transcurriera la breve pero fecunda existencia de Dionisio.

Diez y ocho años largos había corrido a la sazón desde aquel 9 de mayo de 1929, fecha aciaga y gloriosa a la vez, en la que el pequeño héroe escribiera con su gaucha sangre en flor una página única dentro de nuestra historia. Y sin embargo, su espíritu seguía presente allí, impregnándolo y ennobleciéndolo todo. Así me lo dijeron, con palabra sencilla y acento

emocionado, los antiguos vecinos del paraje, viejos paisanos de manos ásperas y corazón transparente, que había tenido la dicha de conocer al niño maravilloso, de escuchar su dulce voz, de ver brillar la luz de sus pupilas azules y las hebras de sol de sus cabellos. Y así me lo repitieron en su lengua musical los pájaros del monte próximo, el frío viento de agosto que hacía silbar las pajas del bañado, el castañueleteo de las ranas que celebraban desde las charcas desbordadas, el lluvioso invierno.

No en vano había pasado el tiempo por aquél trágico sitio. Su huella estaba marcada con visible elocuencia en cada cosa. Pero a pesar de los ranchos semiderruidos, entre cuyas paredes de terrón proliferaba a sus anchas la maleza; a pesar de los árboles secos, que alzaban hacia el cielo gris sus esqueléticas ramas desde el lugar que antaño fuera patio contrastando con la milagrosa lozanía del laurel a que antes me refiriera; a pesar de los manchones de verdinoso moho que cubría los gastados ladrillos del fogón, donde ya para siempre había dejado de arder la lumbre familiar, el efluvio misterioso y potente del alma de Dionisio mantenía in cambiada la fisonomía esencial de su querencia.

Mientras andaba con paso tímido y corazón palpitante por entre la tapera en ruina, pareciera verle corporizarse a cada instante. Los mil rumores del campo me traían el eco de su voz. Debajo de mis pies sentía doblegarse los pastos que habían tocado los suyos. Y cada susurro, cada aleteo, cada pequeña manifestación de la vida circundante tenía algo de su calor, de su pulso, de su realidad carnal todavía no olvidada, presente aun sobre aquel soledoso jirón de tierra que lo viera nacer.

Constaté así que su recuerdo, hecho poesía y leyenda, continuaba resplandeciendo sobre el invariable curso del tiempo gris, que no lograba apagarlo. Y conmovido hasta lo más profundo de mi ser por la rotunda fuerza de aquella pervivencia, fresca todavía en mi alma la impresión que ella me causara, escribí este romance con el cual quise, como poeta y como treintaitresino, rendirle mi homenaje al más puro y auténtico retoño de la raza gaucha.

S.J.G



Dionisio Díaz (foto individual) y Junto a su mamá cumpliendo una promesa (ver vestimenta de niña).





Marina Ramos Díaz (hermana de Dionisio Díaz) - año 2013 - Grisel Perdomo – Diego Romero – Julio Romero en oportunidad de realizar la nota para Revista Raíces.

